

**Antonio Ant3n**

## Reflexiones para el 11-N

Parto de la hip3tesis de unos resultados electorales para el 10-N, con unos equilibrios representativos similares a los del 28-A, es decir, con una mayor3a relativa del *Partido Socialista*, aunque sin suficiencia para gobernar establemente en solitario, y sin que la alianza de las tres derechas consiga la mayor3a suficiente para configurar el Ejecutivo. En todo caso, puede haber algunas variaciones respecto de los posibles acuerdos y estrategias partidistas. La situaci3n es incierta, en particular por el impacto social y electoral de la din3mica en Catalu3a, tras la sentencia del proc3s y la reacci3n de las distintas fuerzas pol3ticas. Me centro en las ense3anzas de este corto periodo desde las anteriores elecciones generales de abril y el fracaso de las negociaciones para un gobierno de progreso, para clarificar el escenario posterior al 10-N.4

### PSOE: Adi3s al cambio de progreso

La direcci3n del *Partido Socialista* ha vuelto a cambiar su ret3rica pol3tica. El 3nfasis no es en el cambio de progreso, sino en la estabilidad gubernativa y una Espa3a uninacional. La tarea principal ya no es garantizar un giro social a la pol3tica econ3mica y laboral, una profunda democratizaci3n pol3tica y un encauzamiento de la cuesti3n territorial desde el di3logo y la articulaci3n de la plurinacionalidad, tal como deseaba la mayor3a progresista. Ahora se tratar3a de asegurar la normalizaci3n pol3tica en torno a un nuevo bipartidismo corregido, mediante la estabilidad gubernamental bajo la hegemon3a socialista que es el hilo conductor unificador y conformador de la nueva/vieja 3lite gobernante que expresa el plan del presidente S3nchez.

Supondr3a su conquista de la centralidad pol3tica y la determinaci3n de unas pol3ticas p3blicas (econ3micas, institucionales, medioambientales y territoriales) continuistas respecto del periodo anterior gobernado por el *Partido Popular* con leves retoques progresistas. Las medidas m3is importantes o de Estado, deber3an ser pactadas con las derechas, los poderes establecidos y las instituciones de la UE. Ello supone la contenci3n de las expectativas sociales de reformas progresivas, democr3ticas e igualitarias, as3 como el aminoramiento de la capacidad de influencia de las fuerzas del cambio (*Unidas Podemos* y sus aliados y convergencias como *En Com3o Podem*, e incluyendo a formaciones como *Comprom3s* y *M3is Pa3s*).

Las palabras cambio, bloqueo, estabilidad, progresista o Espa3a adquieren nuevos sentidos. Hay una disputa medi3tica por su significado, que refleja los respectivos intereses y reorientaciones estrat3gicas de formaciones pol3ticas y grupos de poder. En particular, para analizar la estrategia socialista hay que precisar su contenido, situar esos significantes en su contexto y su funci3n; igualmente, para explicar la encrucijada pol3tica y las posiciones de los principales actores. Forman parte del proceso de diferenciaci3n y legitimaci3n de los distintos relatos y legitimaciones sociales. Se trata de clarificar el trasfondo de la actual coyuntura electoral del 10-N y, sobre todo, el escenario posterior con los distintos proyectos pol3tico-sociales y su impacto en los probables reequilibrios de las fuerzas pol3ticas.

As3, seg3n el relato socialista el cambio (pol3tico) ya se habr3a consumado. La exitosa

moción de censura, avalada por las corrientes progresistas y nacionalistas, y su victoria electoral relativa del 28-A, que pretende revalidar y ampliar el 10-M, expresará la culminación de ese cambio. Su contenido es el acceso del PSOE al Gobierno. Y lo que busca es el monopolio del poder institucional y su estabilidad, es decir, su prolongación duradera sin fuerzas que lo condicionen significativamente, en particular por su izquierda (y el nacionalismo catalán).

Según esa lectura, ya no es necesario insistir en más cambio real para mejorar las condiciones socioeconómicas de la mayoría social y afrontar los retos democratizadores. Nos plantamos en la normalización institucional y socioeconómica, en la gobernabilidad ordinaria. La cuestión social y la desigualdad son temas periféricos o retóricos. Aunque el reto independentista sirve para justificar mano dura estatal, abandonar el diálogo político y distanciarse de la idea de una España plural. Se abre la paradoja de una nueva polarización de dos Españas.

El cambio ha ido adquiriendo un exclusivo sentido institucional: una recomposición de la élite gubernamental frente a la derecha. Se ha desalojado al Ejecutivo corrupto del *Partido Popular*, se ha revalidado a Sánchez en las elecciones generales y ya está conseguido el recambio gubernativo. Se ha realizado de forma "segura" o "sensata" y solo cabe reforzar la estabilidad del nuevo poder. La palabra estabilidad ya no se corresponde con una reclamación popular referida a la seguridad y decencia del empleo, las condiciones de vida digna, los derechos sociales o el Estado de bienestar. Se reinterpreta como garantía de poder de una élite institucional. Ya no cabría seguir hablando de cambio. El obstáculo es el sentido dado a esa palabra por la gente progresista que alude a un contenido más profundo: un cambio real de progreso, con justicia social y más democracia, frente al continuismo de las políticas públicas de la década anterior.

Pero tras el 28-A (elecciones generales) y, sobre todo, tras el 26-M (elecciones locales y autonómicas), hay un giro político y semántico por parte de la dirección socialista. Para la lógica del cambio de progreso, mayoritaria también entre las bases socialistas, era necesario un amplio acuerdo de todas las fuerzas progresistas partícipes del desalojo de Rajoy y el inicio de una nueva etapa con el refuerzo de expectativas cívicas de reforma progresiva, democrática, social y política. Por tanto, era imprescindible un Gobierno de progreso, no una alianza con Rivera y/o Casado.

El emplazamiento social al PSOE era claro: un gobierno compartido y plural, con una base representativa más amplia y, por tanto, más estable y operativo para hacer frente a los retos acumulados y la oposición de las derechas y los poderes fácticos. Una tarea de transformación sustantiva y progresiva en beneficio de la gente y la democracia, que solo se ha atisbado este último año y que, a pesar de una frustración relativa por el incumplimiento de los acuerdos presupuestarios, los resultados del 28-A permitan retomar.

Pero la bandera del cambio ha sido abandonada por la dirección socialista. La nueva tarea es la estabilidad, asociada a una mayoría suficiente para un gobierno monocolor socialista, con su libertad para pactar con la derecha las políticas importantes y sin fuertes condicionamientos por su izquierda. Es ilustrativo su lema: *Ahora Gobierno. Ahora España*. O sea, más monopolio institucional socialista y mano dura al nacionalismo catalán. ¿Dónde quedan las propuestas transformadoras de lo socioeconómico, democratizadoras de la política y de diálogo integrador de la plurinacionalidad que se expresaban bajo la palabra cambio progresista?. El cambio se

diluye y lo progresista se deja en la ambigüedad.

El *Partido Socialista* pone en primer plano el monopolio de la gestión gubernamental: el Gobierno monocolor o en solitario, un Gobierno homogéneo y cohesionado dirigido por su presidente, sin margen para una mínima negociación equilibrada con sus (supuestos) socios de *Unidas Podemos*. No hay respeto a la pluralidad representativa (por su izquierda, veríamos con *Ciudadanos*).

El contenido y el papel de su programa político y económico, más allá de algún lenguaje progresista, son deliberadamente ambiguos. Lo principal es la prevalencia socialista en su interpretación y ejecución. Es decir, la línea programática está subordinada a su control, así como a la correspondiente capitalización electoral de su gestión. Su sentido es el abandono de una dinámica de transformación progresista, con una labor propagandista para neutralizar la demanda cívica de cambio de progreso que se expresará en la moción de censura, los acuerdos políticos y presupuestarios con *Unidas Podemos* y la victoria electoral progresista en el 28 de abril.

Su apuesta política y su relato en estos cinco meses, con la negativa a un gobierno plural y su insistencia en un gobierno cohesionado bajo la disciplina de su presidente tiene ese sentido: persuadir a la amplia base progresista, incluida la mayoría de su electorado, de la imposibilidad de un cambio real de progreso y un acuerdo sólido para ejecutarlo desde un gobierno plural y compartido. O sea, el famoso bloqueo institucional consistirá en impedir las dinámicas y garantías para un cambio de progreso, constituidas durante una década y expresadas institucionalmente este lustro, evitando que no se note y adjudicando la responsabilidad a los demás.

La opción fundamental del *Partido Socialista*, dada la oposición visceral de *Ciudadanos*, ahora corregida, era gobernar en solitario, con un proyecto centrista en lo socioeconómico, continuista en lo institucional y con un nacionalismo españolista confrontado en la práctica a la visión plurinacional y federal o, simplemente, democrática y de diálogo político. Los elementos progresistas son limitados y con una función retórica para intentar contentar o despistar a parte de sus bases sociales. El acuerdo con el poder establecido, evidente. Culmina su adiós al cambio de progreso, solo modificable por la fortaleza de las bases progresistas y la legitimidad social de las fuerzas del cambio.

### **La dificultad del gobierno de coalición**

El gobierno de coalición no ha sido posible, fundamentalmente, por el proyecto socialista de continuismo programático, neutralización de la dinámica del cambio de progreso y subordinación de la representación política que lo expresaba. El interrogante para el 11-N, por tanto, es pertinente: ¿Es posible un auténtico gobierno de coalición, plural, pactando el *Partido Socialista* un programa común para articular un proyecto compartido de países, sin el sometimiento o la marginación de *Unidas Podemos*? No valoro la contribución de *Más País* que se ha pronunciado por garantizarle la gobernabilidad, ya que todas las encuestas consideran que no va a ser determinante para garantizarlo, si no hay un acuerdo a tres.

Pues bien, Sánchez insiste en que no. Su opinión es difícil que cambie a través de una estrategia unitaria y de cooperación de las fuerzas del cambio, necesaria pero insuficiente. La

experiencia de la investidura nos dice que, aunque conciliÃ³ durante dos dÃ­as con el nombre de coaliciÃ³n, su concepciÃ³n de un gobierno homogÃ©neo, no dos, implicaba la ausencia de autonomÃ­a para *Unidas Podemos*, el factor principal de desconfianza. Ya lo manifestÃ³ en la propia investidura y lo podÃ­a haber impuesto como pretexto definitivo para romper la breve negociaciÃ³n y convocar elecciones en el caso de haber admitido UP su propuesta ministerial. La exigencia socialista era la renuncia a una gestiÃ³n reformadora significativa y, sobre todo, a la correspondiente legitimidad social para fortalecer el espacio y la dinÃ¡mica de cambio de progreso. Para vencer esa reticencia socialista a la pluralidad es necesario la generaciÃ³n de un importante problema de legitimidad social, sin que sea posible su apoyo en las derechas.

Desde esa perspectiva, se puede remarcar como un error menor la oposiciÃ³n de la direcciÃ³n de UP de la propuesta socialista de una vicepresidencia y tres miniministerios. Su argumento era su insuficiencia y falta de clarificaciÃ³n sobre sus competencias; y aspiraba a algo mÃ¡s (las polÃ­ticas activas de empleo), confiando en la prolongaciÃ³n de la negociaciÃ³n, cosa que se desvelÃ³ ilusa, sin prever el portazo socialista. Se estaba infravalorando la firme determinaciÃ³n de SÃ¡nchez y su equipo, si no tras el 28 de abril sÃ­ despuÃ©s del 26 de mayo, de imponer su proyecto programÃ¡tico y de gestiÃ³n gubernamental prÃ¡cticamente sin negociar o bien convocar nuevas elecciones con la expectativa de incrementar su representatividad y su poder. Su plan fue ratificado durante la investidura fallida de julio. Los meses de agosto y septiembre ya han sido un mero postureo para justificarlo.

### **El plan hegemonista de SÃ¡nchez**

Ese plan tambiÃ©n conllevaba su interÃ©s hegemonista de seguir debilitando a *Unidas Podemos*, neutralizando su proyecto autÃ³nomo. Sus condiciones pretendÃ­an asegurar, al menos, la continuidad de la tendencia electoral, expresada el 28 de abril, en que a pesar del acuerdo polÃ­tico y presupuestario, sin gobierno compartido, se incumplirÃ³ la mayor parte y no impedirÃ³ el trasvase de mÃ¡s un millÃ³n de votantes y una treintena de escaÃ±os hacia el PSOE desde UP; aunque en ello hubiera tambiÃ©n otras causas, como el favoritismo mediÃ¡tico en el primer caso y su divisiÃ³n interna y la acciÃ³n de las cloacas en el segundo.

La direcciÃ³n socialista ha vuelto a plantear el autÃ©ntico escollo: la falta de garantÃ­as del sometimiento de la representaciÃ³n de *Unidas Podemos*, la llamada falta de confianza o fiabilidad. Es el pretexto definitivo para romper la negociaciÃ³n y convocar elecciones para volver con similares objetivos al mismo sitioâ€ pero con mayor ventaja. AdemÃ¡s, la restricciÃ³n a la libertad de crÃ¡tica a determinadas actuaciones problemÃ¡ticas de la mayorÃ­a gubernamental o su presidente la extiende al resto de Ã­nteres no presentes en el Ejecutivo, como el propio Pablo Iglesias o Ada Colau.

O sea, exige una defensa colegiada y disciplinada del conjunto de ambas formaciones a todo el proyecto gubernamental, incluido las llamadas polÃ;ticas de Estado, que ademÃ¡s de la polÃ;tica econÃ³mica, exterior, de seguridad y las medidas punitivas ante el conflicto catalÃ¡n, podrÃ¡n llegar a temas sensibles como la reforma del sistema de pensiones, el pacto educativo, la inmigraciÃ³n, la sostenibilidad medioambiental, la igualdad de gÃ©nero o las libertades civiles (ley Mordaza). Todo ello sin negociar su sentido, con su letra pequeÃ±a, su concreciÃ³n y su financiaciÃ³n, en un programa comÃ³n detallado, y con probables pactos con las derechas y sin garantÃ­as de un cumplimiento beneficioso para la mayorÃ­a social, con perspectiva igualitaria y

democrática.

Por tanto, la decisión socialista contra un gobierno plural está basada en su prepotencia y su percepción de la imposibilidad de doblegar a *Unidas Podemos* para que acepte su total liderazgo en un proyecto unilateral, centrista de apariencia progresista. No dejaba un hueco razonable para implementar algunas políticas sociales transformadoras beneficiosas para las personas y el correspondiente refuerzo del espacio del cambio.

En los tres ámbitos se produce el choque: dimensión transformadora frente a continuismo gestor; ampliación del campo progresista frente a las derechas, considerando mutuamente la legitimidad de ambas fuerzas sin ventajismo para el *Partido Socialista*, como en el periodo anterior, y cohesión y disciplina respecto del conjunto de las políticas de estado y las decisiones presidenciales frente al reconocimiento pactado de cierto pluralismo político y autonomía, particularmente ante los desacuerdos.

La dirección de *Unidas Podemos*, desde el realismo y su afán de llegar al acuerdo de gobierno de coalición, ya había hecho importantes concesiones. Dejaba en mano socialista las grandes políticas de Estado, económicas, institucionales y territoriales. Es decir, acataba la implementación gubernamental de su continuismo en esos campos con probables pactos con las derechas. Igualmente, retiraba el "escollo" de la presencia del propio Iglesias en el Consejo de ministros, imposición que era un indicio de la prepotencia y ambición de poder de Sánchez y tener el pretexto de la ruptura. Además, aceptaba una gestión no proporcional a los votos y unos miniministerios.

La última barrera explícita era la aspiración a competencias claras en varias políticas sociales, con alta importancia práctica para la gente, particularmente la precaria y desfavorecida: regulación del precio de la luz y los alquileres, derogación de la reforma laboral, nueva subida del SMI, actualización de las pensiones por ley según el IPC. Tenían también un gran valor político-simbólico. Expresaban, parcialmente, el proyecto propio y el conflicto de fondo. No obstante, a pesar de tantas concesiones, para la dirección socialista no eran suficientes y esa última reclamación intolerable; fue el punto de ruptura.

Así, relacionado con esto último, el problema principal estaba en el choque de intereses y proyectos que significaba. No estaba cercano el acuerdo, ni era fácil. La propuesta socialista de ministerios estaba supeditada a su modelo de "un" gobierno cohesionado. No había salido a la luz la divergencia de ambos proyectos, solo la fórmula de gobierno en solitario o en coalición. Por un lado, el carácter continuista y normalizador del proyecto socialista y su concepción prepotente del poder. Por otro lado, los objetivos máximos de *Unidas Podemos* que no puede renunciar: implementar un avance social significativo, con un refuerzo de una dinámica de cambio real para la mayoría social y su representación institucional. Su prioridad, tal como se ha demostrado, no son los sillones, sino su utilización para esos dos objetivos: mejoras para la gente y refuerzo del cambio, con los equilibrios simbólicos y de poder correspondientes. Parece que en gran parte de la ciudadanía va quedando claro a pesar de la campaña gubernamental. El *Partido Socialista* tiene un problema de credibilidad ciudadana al haber bloqueado un gobierno de progreso plural.

## La pugna estratégica

En definitiva, el trasfondo de la pugna estratégica ha estado subsumido, lo que ha impedido un debate público, mediatizado por la propaganda de parte. No hay un bloque progresista (de izquierda o centroizquierda). Entre la ciudadanía sí hay una mayoría progresista, más o menos firme, diferenciada de las corrientes conservadoras. Pero en la representación política no; aparte de las derechas (y los nacionalismos periféricos) hay dos tendencias: una, centrista o continuista, aun con componentes y retórica progresista junto con elementos prepotentes; otra, transformadora y de cambio de progreso, de talante democrático e igualitario, aun con sus errores analíticos y políticos. Las dos posiciones ya estaban presentes el 29 de abril, cuando se planteó la dicotomía entre gobierno socialista en solitario o en coalición con UP. Pero el debate entre esas fórmulas lo ha acaparado prácticamente todo y solo a partir de la investidura fallida ha ido aflorando la distancia de ambos proyectos.

O sea, como ha expresado posteriormente el propio Sánchez, el motivo principal para su rechazo al Gobierno de coalición propuesto por *Unidas Podemos* no era una dirección general más o menos (dentro de las menores), sino la no garantía de la subordinación a su estrategia: a una línea política centrista con algunos componentes progresistas y un control del poder definido e impuesto unilateralmente. Es lo que apenas se discutió y que explotó con el asunto de las competencias ministeriales y el veto a Iglesias.

El plan de Sánchez tiene dos características. Por una parte, un sentido continuista vinculado al modelo socioeconómico e institucional dominante, en el marco del eje europeo liberal conservador. Por otra parte, su concepción monopólica del poder y su ejercicio antipluralista, como freno a las dinámicas y expresiones transformadoras y democráticas. Este aspecto es el que el propio Iglesias reconoce ahora que tenía Sánchez y no advirtió. Y es el tema de fondo que debía de haber sido objeto de negociación y acuerdo. El no hacerlo ha dado ventaja al *Partido Socialista* en su relato de justificación de su prepotencia y su responsabilidad en el bloqueo institucional y la nueva convocatoria electoral, antes que girar a la izquierda y acordar con *Unidas Podemos*.

Y es el asunto para tratar tras el 10-N. La triple opción básica es entre avance social y democrático, continuismo socioeconómico e institucional e involución política y regresiva. El ciclo de pugna por el cambio sustantivo de progreso no ha terminado. Hay tendencias cívicas que lo siguen defendiendo más allá del propio electorado del espacio del cambio. El gobierno de coalición es difícil pero no imposible. Su utilidad como emplazamiento creíble es dudosa. Lo principal es la ampliación del contrato sociopolítico de un proyecto de progreso entre el espacio del cambio y una amplia corriente progresiva que condicione al *Partido Socialista*. Veremos lo que dictamina el conjunto de la ciudadanía.

Â

[Antonio Antón es Profesor de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid]